

EL RECUADRO

El brutal terremoto y su consiguiente tsunami sufridos en Japón el pasado 11 de marzo han supuesto una tragedia humana, social y económica en el país, que ofrece pocas posibilidades de encontrar antecedentes parangonables. Su magnitud de 9,0 en la escala Richter lo convirtió en el terremoto más fuerte sufrido en Japón y en el cuarto más potente del mundo de todos los seísmos medidos hasta la fecha.

Un movimiento sísmico de tales magnitudes puede hacer desaparecer poblaciones enteras, provocar miles de muertos y desaparecidos, destruir infraestructuras, cambiar el perfil de la costa o incluso el eje de giro de la tierra y poner en cuestión la seguridad nuclear –todo ello lo ha hecho-, pero, para bien o para mal, no cambia algunas certezas por más que la ocasión permita que muchos intenten que así sea, en algunos casos desafortadamente.

A pesar del terremoto de Japón, las centrales nucleares no producen emisiones de gases de efecto invernadero y ése sigue siendo un aspecto muy positivo de la opción nuclear. De acuerdo con las estimaciones del Consejo Mundial de la Energía y de la ONU, la energía nuclear podría contribuir de forma significativa contra el cambio climático, para lo que la capacidad instalada de centrales nucleares debería, al menos, multiplicarse por diez durante los próximos cien años.

Tras el terremoto, las reservas de uranio siguen siendo, amplias y suficientemente distribuidas, con las consiguientes implicaciones favorables sobre la garantía de suministro y la estabilidad de los precios de producción de la electricidad.

Así, no parece fácil la creación de monopolios, “cárteles” u organizaciones similares como la existentes en otros segmentos de producción de materias primas energéticas. Además, la carga de un reactor supone muy poco volumen y su duración es de bastantes meses, lo que simplifica el abastecimiento del combustible.

Sin embargo, parte de la opinión pública, más que reticente respecto a la energía nuclear, tiene en la seguridad de las instalaciones su primera preocupación. Desde el accidente de Chernóbil en 1986 –éste si realmente nuclear y no sísmico- y sus consecuencias catastróficas, se cuestiona la seguridad nuclear en general.

Pero el terremoto japonés, no ha cambiado el hecho de que las condiciones de seguridad de aquella central ucraniana estaban muy por debajo de las que se exigen en los países de la OCDE, donde el récord de seguridad ha sido excelente hasta la fecha y en los que los pocos accidentes producidos, no han tenido nunca consecuencias para la población.

Tampoco ha cambiado el hecho de que la central nuclear de Fukushima I fuese conectada a la red en 1971, hace 40 años- y que, desde entonces, la tecnología nuclear haya avanzado considerablemente y, ahora, las centrales de “cuarta generación” tienen, incluso frente catástrofes de la magnitud de la japonesa, mayores garantías.

Después de la tragedia japonesa, el problema los residuos sigue en el mismo punto en el que estaba. Los detractores de la energía nuclear no encuentran garantías para almacenar o neutralizar los residuos de alta actividad sin riesgo durante los 10.000 años que se consideran necesarios para que su peligrosidad sea aceptable.

Y, sin embargo, la industria nuclear asegura que, en el estado actual de la técnica, se puede garantizar un control de los residuos sin riesgos. Primero, con un almacenamiento provisional en piscinas en la propia central, seguido de un encapsulamiento en contenedores especiales que permita un enfriamiento del material hasta su confinamiento en depósitos subterráneos. Ello se haría, más o menos, de aquí a cien años, tiempo en el que podrían desarrollarse tecnologías aún más seguras.

En cuanto a los costes de la energía nuclear, tras Fukushima, siguen siendo los mismos y frente a los más favorables que arroja la generación de energía, hay que valorar las desventajas que supone el precio a pagar por la gestión de los residuos de los combustible y por el cierre de instalaciones.

De todo ello ha sido siempre difícil establecer conclusiones desapasionadas y exentas de apriorismos, y lo es más cuando Fukushima todavía es un problema. Pero el sismo japonés no ha cambiado los argumentos de los debates sobre la energía nuclear, el cambio climático, el modelo energético, y los riesgos que en función de todo ello se auguran para los próximos años.